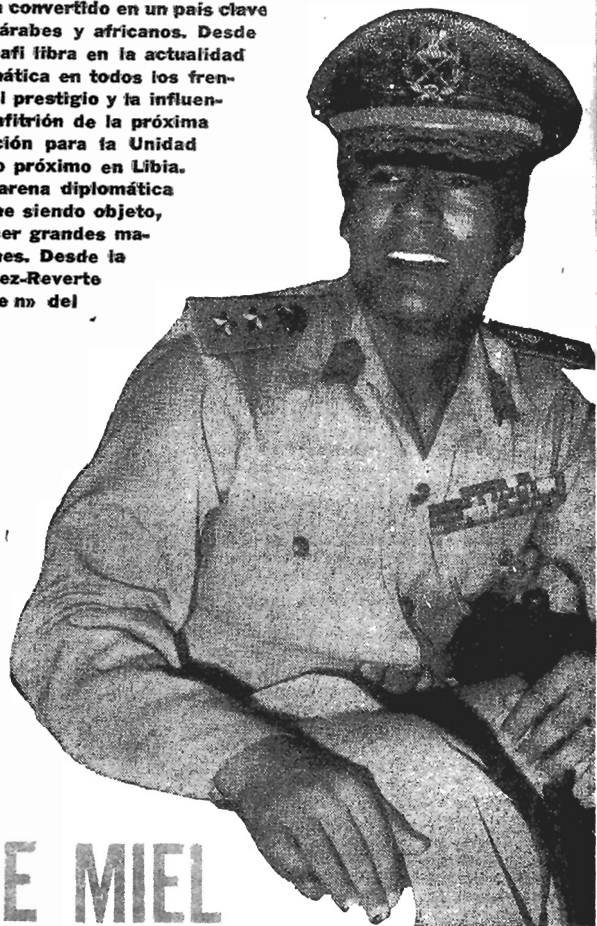


GADDAFI, ENTRE LA DIPLOMACIA Y EL FUSIL

ALGUIEN escribió una vez que el único inmutable en el mundo árabe es que nada es inmutable. Y a ello no hay nada que objetar. En las últimas semanas, la política exterior libia ha protagonizado unos acontecimientos que todavía tienen cavilando a los observadores extranjeros, ya pertenezcan éstos a países aliados o enemigos. Incluso el concepto que acabamos de manejar, el de «amigos o «enemigos», también se en-

tura saharauí, definió la posición marroquí como «positiva», y llegó hasta a calificar el asunto en boca de su Presidente Chadli Benyadid, como «un paso adelante hacia la paz». Naturalmente, esta declaración pública tiene una contrapartida privada de muy diversos matices: Argelia sabe que Marruecos nunca planteará un referéndum serio en el Sahara, y Marruecos sabe que Argelia lo sabe. Y puestos a seguir con los trabalgos, po-

De cara a 1982, Libia se ha convertido en un país clave para los acontecimientos árabes y africanos. Desde Trípoli, Moammar El Gaddafi libra en la actualidad una intensa batalla diplomática en todos los frentes, destinada a reforzar el prestigio y la influencia exterior de su país, anfitrión de la próxima «cumbre» de la Organización para la Unidad Africana, a celebrar el año próximo en Libia. Para vencer en la difícil arena diplomática el cerco hostil de que viene siendo objeto, Gaddafi ha tenido que hacer grandes maniobras y serias concesiones. Desde la capital libia, Arturo Pérez-Reverte analiza la «nueva imagen» del polémico coronel.



LIBIA Y MARRUECOS: EN EXTRAÑA LUNA DE MIEL

cuentra plagado de curiosos matices. Y lo único que, como punto de partida, parece estar claro, es que con la «cumbre» de la Organización para la Unidad Africana —celebrada hace un par de semanas en Nairobi— como fondo, el coronel Gaddafi ha logrado meterse temporalmente en el bolsillo al personal árabe y africano de sus zonas de influencia.

Pero vayamos por partes. Con una ofensiva diplomática extremadamente hábil, el Gobierno de Trípoli no solamente consiguió en la «cumbre» de Nairobi capear el temporal de acusaciones que sobre él se cernía respecto a la presencia de 10.000 soldados libios en el Chad, si no que, además, salió de la conferencia de la OUA con la presidencia de esta organización para el año próximo y con Trípoli convertida en sede de la XIX «cumbre» de 1982. Pero lo verdaderamente paradójico de este asunto es que, aparte de Gaddafi, de Nairobi salió otro triunfador: Hassan II de Marruecos.

¿Es posible que una conferencia interafricana tan limitada e imperfecta como la OUA pueda contentar a dos adversarios tradicionales, a dos enemigos a muerte, y termine haciendo coincidir sus intereses? Nairobi demostró que sí. Por su parte, cuando todo el mundo esperaba el inaudible reconocimiento de la República Árabe Saharaui Democrática por la organización africana, Hassan II emprendió una de las ya históricas «huidas hacia delante», proponiendo la celebración de un referéndum que todo el mundo sabe, y él el primero, no se celebrará jamás en el Sahara. Sin embargo, la oferta marroquí ofrecía un pretexto que contentaba a todo el mundo —menos al Polisario, naturalmente— y permitía aplazar todavía un año más la decisión que los miembros árabes y africanos de la OUA vienen retrasando desesperadamente de año en año.

Incluso Argelia, la pro-polisaria Argelia práctica- mente la madre de la cri-

demos añadir que por su parte, Marruecos sabe que Argelia nunca aceptará un falso referéndum en el Sahara. Y Argelia sabe que Marruecos lo sabe... Resumiendo la cosa —lo que agradecerá el lector—, en Nairobi no se engaña nadie. Pero la maniobra de Hassan II le ha venido a todo el mundo de perlas para serenar un poco los ánimos y tomarse un respiro.

Cosa curiosa, aunque 28 países africanos amigos del Frente Polisario se encontraban reunidos en la conferencia de Nairobi, cuando Hassan II lanzó su propuesta del referéndum fantasma, nadie dijo ni pío. Todo el mundo puso cara de estarse creyendo realmente lo que se escuchaba, con aire conmovidamente candoroso. Y de todos los silencios, el más elocuente fue el del delegado libio, calladito en su asiento, que en anteriores reuniones de la conferencia solía poner a Hassan II como chupa de domine.

● CUATRO VOTOS EN CONTRA

Pero el milagro africano no terminaba allí. Momentáneamente a rchivado el tema sahariano, se puso sobre el tapete el asunto del Chad. Se preveían duras condenas de los miembros más conservadores contra la alianza de Gaddafi con el Presidente Gukumi Ueddel, considerándose como plato fuerte del menú las diatribas de Hassan II, de quien se esperaba respuesta a las acusaciones de expansionismo en el Sahara con ataques a Libia sobre expansionismos en el Chad. El público quedó decepcionado. Hassan II le pareció olvidar temporalmente la existencia de un país llamado Chad y de otro llamado Libia. Por supuesto, los otros jefes de Estado asistentes, los mismos que habían recibido con alivio el proyecto de referéndum marroquí, santificándolo con su beneplácito, no demostraron mejor memoria sobre este otro tema. Unas débiles protestas sudanesas fueron rápidamente ente-

rradas, y la resolución final sobre el Chad no mencionó para nada a Libia, ni para condenar su antes criticada alianza con Gukumi Ueddei ni para pedir la retirada, antes tan exigida, de las tropas libias estacionadas en el país. Y, además, Gaddafi, que ni siquiera se había molestado en asistir a Nairobi, obtuvo para 1982 el privilegio de acoger en Trípoli a la XIX Cumbre de la OUA, votación que ganó con sólo cuatro votos en contra: Egipto, Gabón, Ghana y Sudán.

Por tanto, el año próximo la OUA se reunirá en Trípoli con Gaddafi como presidente. De golpe y porrazo, el líder libio aparece ante



◆ Para conseguir la presidencia de la próxima «cumbre» de la OUA, el líder libio ha tenido que hacer grandes concesiones

◆ Ello hizo posible que de Nairobi saliese un segundo triunfador: Hassan II

el mundo árabe y africano adoptando un tono de moderación, un tono que inspira confianza. Lanzando una ofensiva diplomática sin precedentes en su historia, la revolución libia inicia una campaña de reconciliación africana y árabe. Gaddafi tiene un año, hasta la próxima «cumbre» de la OUA, para afianzar sus alianzas y aislar a sus enemigos. Y la posición de fuerza y prestigio internacional que le confiere la presidencia del alto organismo interafricano puede ser la gran palanca que rompa definitivamente el aislamiento libio y lleve a este país al puesto por el que tanto ha luchado, en vanguardia de la unidad africana y árabe. Una unidad que a Occidente no le interesa ni lo más mínimo, todo hay que decirlo. Pero ese no es problema de Gaddafi, sino de Occidente.

Desde mediados de junio, el Gobierno de Trípoli comenzó a prepararse el camino, embarcándose en la ruta de la reconciliación.

Yasser Arafat, el jefe de la Organización para la Liberación de Palestina, fue encargado por Gaddafi de intentar una «aproximación amistosa» entre Trípoli, Rabat, Ryad y Bagdad. Ello tiene su mérito, si consideramos la ya conocida enemistad libio-marroquí —Gaddafi costaba el 80 por 100 del material militar del Polisario—, las profundas discrepancias ideológicas entre la Libia revolucionaria y la conservadora y prorroamericana Arabia Saudí, y los choques ideológicos de Trípoli con Iraq, agravados por el conflicto irano-iraquí. Arafat —cuya OLP, hartó prudente, no ha reconocido al Polisario— se puso a la tarea mediadora con entusiasmo, manejando el argumento suministrado por Gaddafi de que «ya es hora de terminar con las disensiones árabes y movilizarnos frente a las provocaciones sionistas». El estribillo es viejo, pero hay que reconocer que en el mundo árabe todavía funciona, al menos

para romper el hielo e iniciar la conversación.

● LOS «HERMANOS LIBIOS»

Todos estos escarceos amistosos fueron por buen camino, en líneas generales. Aunque parezca mentira, a los árabes todavía se les pone la piel de gallina y se emocionan cuando, incluso su peor enemigo político había de combatir, unidos contra el enemigo sionista. Así, Gaddafi —que por otra parte es absolutamente sincero cuando habla de Palestina y de Israel, que se han convertido para él en una obsesión— fue creándose en torno un ambiente de moderación y unidad, asegurándose si no el apoyo incondicional, sí la benevolente neutralidad de los países árabes y africanos. Había que conseguir la presidencia de la OUA.

El hueso duro de roer estaba en Rabat, y allí, Gaddafi tuvo que hacer serias concesiones. Para triunfar en Nairobi, para no tener que verse obligado a depender de la URSS en lo que respecta a defenderse

de la amenaza egipcio-sudanesa, para evitar el distanciamiento de sus amigos argelinos y construirse una reputación internacional inatachable, el líder libio necesitaba reconciliarse, al menos temporalmente, con Marruecos y sus aliados. Pocos días después de la mediadora visita de Arafat, Hassan II recibía en Rabat al coronel libio Mansur Abelhafid, comandante de la región militar de Sebha, que llegaba acompañado por los representantes de la OLP —los palestinos mojan en todas las salidas— en Libia y Marruecos. Tras la entrevista, que transcurrió en un ambiente muy fraternal, muy árabe, un portavoz real aseguró que «el Rey ha prometido enviar un emisario a su hermano, el coronel Gaddafi, y las relaciones diplomáticas entre los dos países hermanos van a reanudarse a nivel de embajadores». Habida cuenta que tales relaciones quedarán rotas el 18 de abril del año 1980, cuando Libia reconoció a la República Saharaui, la declaración era significativa. Pero lo definitivo fue publicado días después por el diario marroquí «Al Magrib», que había saludado la iniciación libia con palabras de recelo, preguntándose qué trampa se escondía tras el gesto de Gaddafi, y que ahora comentaba la cosa como «el primer paso positivo de Gaddafi desde hace años, que permitirá el retorno a la paz». Y lo más curioso es que todas estas benevolentes declaraciones marroquíes tenían lugar a pocos días de una vasta campaña diplomática realizada por Rabat en noventa países para explicar lo perversos que eran los libios y lo desestabilizadora que también venía siendo su política internacional.

(Continuará.)

Arturo PEREZ-REVERTE,
enviado especial



2

GADDAFI, ENTRE LA DIPLOMACIA Y EL FUSIL

◆ En Trípoli aseguran que la alianza con Moscú no es más que una "necesidad táctica" frente al cerco internacional de que Libia es objeto



Desfile militar en Trípoli. Los camiones lanzacohetes son de fabricación soviética. (Foto PEREZ-REVERTE.)

"NO SOMOS PROSOVIETICOS"

El acercamiento que con motivo de la última «cumbre» de la OUA ha tenido lugar entre Libia y Marruecos no deja de intrigar a los observadores. ¿Cuáles son las concesiones hechas por Gaddafi a Hassán II sobre el tema del Sahara para que el monarca cherifiano no estorbase su candidatura a la presidencia de la organización panafriicana? Los portavoces oficiales de Rabat dan a entender que Libia ha cortado radicalmente su apoyo económico a los guerrilleros saharauis y aluden a ello como una victoria de la diplomacia cherifiana. En Trípoli, prudentes, los hombres de Gaddafi hablan de «reconciliación» y «paz», pero reafirman el apoyo de la revolución libia al Polisario: «Aquí nadie ha traicionado a los saharauis.»



Gaddafi y Breznev se abrazan durante la reciente visita del líder libio a Moscú.

Todos los expertos en temas norteafricanos coinciden en afirmar que a Gaddafi quizá pueda acusarse de muchas cosas, pero nunca de insincero. Desde hace una década, siguiendo las huellas de su maestro Nasser, el coronel libio se ha convertido para el mundo árabe en la molesta conciencia que recuerda sin cesar los errores, que llama a la unidad y que pone delante de los olvidadizos, una y otra vez, el tema de la lucha por Palestina y contra Israel. Entre sus odios tradicionales, Gaddafi incluye el de las monarquías árabes, sistemas de gobierno que se le antojan caducos y corruptos, demisado parecidos al de Idris el Senusi el rey libio que él derrocó con sus oficiales hace ya más de diez años. En este aspecto, Hassán II nunca ha sido un personaje simpático para Gaddafi, y el sentimiento es recíproco. El reconocimiento por Libia de la RASD y el sostenido económico que Trípoli da al Polisario dejaron las relaciones entre ambos países en su punto más bajo.

Sin embargo, como ya vimos en el capítulo anterior, la «cumbre» de Nairobi cambió las cosas. Gaddafi, que habitualmente es hombre que prefiere blandir el fusil, acaba de demostrar que sabe también recurrir a la diplomacia. Su política exterior ha sufrido un cambio radical, encaminado a buscar una normalización de relaciones con el mundo exterior. Frente a quienes lo acusan de haber convertido su país en un caballo de Troia soviético en África, el coronel libio busca precisamente librarse de esa dependencia exclusiva, ampliando el horizonte de sus contactos internacionales y sus alianzas. La ofensiva diplomática que Libia ha lan-

zando, utilizando como resorte el tema de la OUA, no tiene otro objeto, según palabras de un alto diplomático libio, que «ampliar nuestras relaciones políticas y económicas con el mayor número posible de países, y contribuir a la paz internacional y a la unidad árabe. Nosotros no somos prosoviéticos, sino que nos hemos apoyado en la URSS como necesidad táctica frente al cerco internacional de que hemos sido objeto por parte de regímenes reaccionarios. Con nuestra ofensiva política actual, pretendemos ampliar los horizontes de nuestras relaciones.»

En el tema del Sahara, los libios no quieren ni oír hablar de un «abandono» al Polisario. «La guerra del Sahara, al fin y al cabo —señalan— es una guerra en la que, bajo causas reaccionarias o progresistas, lo cierto es que se derrama sangre árabe. Hay que terminar con eso. Marruecos ha ofrecido un referéndum y hay que otorgarle un margen de confianza. Libia apoya esa idea, como apoyará cualquier otra encaminada a buscar la paz entre los árabes, también los hermanos arábigos le han aceptado. Pero eso no significa ni que abandonemos al Polisario ni que estemos dispuestos a aceptar un referéndum truco.»

● SIN NOVEDAD EN EL CHAD

La ofensiva de paz libia ha alcanzado también a Túnez. El régimen del Presidente Bourguiba —que recientemente acaba de legitimarse al Partido Comunista, de cara a las próximas elecciones— parece embar-

cado en ciertos intentos demócratizadores. Ello ha coincidido con los avances diplomáticos de Trípoli. A cambio de una especie de compromiso tácito a no volver a intentar golpes como el de Gafsa, localidad tunecina en la que tuvo lugar un levantamiento de revolucionarios apoyados por Libia, Gaddafi ha conseguido «pacificar» ese frente. Según recientes comunicados de ambos países, Libia y Túnez intensificarán en los próximos tiempos su cooperación en el campo económico y técnico, estudiando la creación conjunta de un salto hidroeléctrico y pondrán en marcha nuevas líneas de transportes terrestres y marítimos, esta bleciendo, además, intercambios de cuadros técnicos de mano de obra y especialistas en turismo.

Como se ve, Gaddafi se ha puesto con ahínco a la tarea de pacificar todos sus «frentes de batalla» secundarios para dedicarse a principal, al egipcio-israelí. Hasta en el asunto del Chad, gracias a las últimas resoluciones de la OUA, Libia encuentra un consenso internacional que, salvo contadas excepciones, le es favorable o, al menos, neutral. Por una parte, Gaddafi continúa manteniendo excelentes relaciones con su aliado, el Presidente Gu-

habíl ofensiva diplomática antes de la «cumbre» de la OUA. La intervención antilibia del Presidente Numeiri de Sudán no encontró eco entre los otros asistentes: se aceptó el hecho consumado de la presencia libia; el Gobierno de Gukuni Ueddei, aliado de Trípoli, salió de la Conferencia con el respaldo oficial de toda África, y el propio Gukuni declaró que «las fuerzas libias dejarán el Chad solamente cuando una fuerza panafriicana esté en condiciones de tomar su relevo y asegurar la defensa y la seguridad del país.»

NORMALIZACION CON FRANCIA

Pero Gaddafi no mueve sus peones diplomáticos solamente en África. Otro importante tanto que acaba de apuntarse el líder libio, un tanto capital, es la normalización de relaciones que se encuentra en curso con la Francia de Mitterrand. El Gobierno galo está dispuesto a levantar el embargo que pesaba sobre el armamento ya comprado por Libia a París —que estaba «congelado»—, aunque no se

incendiada a causa de la política de Giscard en África— sea restaurada y puesta en funcionamiento.

Sin embargo, este clima de distensión no afecta también a las relaciones con los Estados Unidos. La nueva dimensión de la política de la Administración Reagan en África se caracteriza, entre otras cosas, por violentos ataques contra Libia, acompañados de ofertas de ayuda militar a los países vecinos «que se sienten amenazados por el aventurismo de Gaddafi». Para Washington, tras la creciente influencia libia en África se encuentra la Unión Soviética. Con este pretexto, los Estados Unidos están inyectando en dos de sus países clave en el África Oriental, Egipto y Sudán, una imponente ayuda militar que está convirtiendo la región en una auténtica plataforma norteamericana: 900 millones de dólares para El Cairo y 100 para Jartum. Y es que a Washington le resulta muy difícil olvidar que la Libia de Gaddafi obligó a USA a desmantelar sus bases en aquel país, nacionalizó las compañías petroleras que operaban en el territorio nacional, estableció buenas relaciones con la Unión Soviética y además dedica todos sus esfuerzos a torpedear los acuerdos de paz entre Egipto e Israel, firmados en Camp David.

Frente a semejante enemigo, Libia «se ve obligada a buscar el respaldo de la Unión Soviética», como me declaraba recientemente en Trípoli un alto funcionario del Ministerio de Información. Trípoli y Moscú han estrechado lazos recientemente en el terreno económico y comercial, abarcando los sectores de la energía, la metalurgia, el petróleo, el gas, la química y petroquímica y la formación de cuadros. En el plano político, sucesivas visitas a Moscú de Gaddafi y del «número dos», Yaidi, han permitido obtener de Kremlin una serie de seguridades sobre el apoyo de la URSS en caso de que Libia se viera enfrentada a un conflicto con Egipto y Sudán.

(Continuará.)

◆ Las relaciones políticas con USA alcanzan el punto más bajo con la Administración Reagan

kuni Ueddei, y un contingente militar libio permanece en territorio chadiano, a fin de garantizar la estabilidad en el país y proteger las fronteras con Sudán frente a las incursiones de los rebeldes protegidos por Egipto y Sudán. Estas tropas llegaron a Chad llamadas por el presidente Gukuni Ueddei, en el marco de un acuerdo de defensa bilateral entre Trípoli y Yamena, pero su presencia en el país estaba siendo contestada por los países limítrofes, especialmente los aliados de Francia y Estados Unidos, que veían en el avance libio la punta de lanza de la expansión soviética en África.

El porvenir de esa fuerza militar libia, con o puesta por 4.000 hombres, estaba en el aire. Sin embargo, las resoluciones que pedían su retirada quedaron sin efecto, ahogadas por los gestos de conciliación que Trípoli ha estado lanzando en todas direcciones y por su

firmarán unos nuevos contratos entre ambos países mientras subsista la presencia de tropas de Trípoli en el Chad. Pero, aparte de este detalle técnico, lo que al armamento se refiere, lo cierto es que tanto Francia como Libia están altamente interesadas en que se normalicen definitivamente las relaciones en los terrenos económico y comercial. En lo político, según declaraciones del Quai d'Orsay, París está dispuesto a mantener con Trípoli sus relaciones normales entre dos Estados soberanos desde el momento en que la Embajada galo en la capital libia —que fue asaltada e

Arturo PEREZ-REVERTE, enviado especial



GADDAFI, ENTRE LA DIPLOMACIA Y EL FUSIL

Si en el mundo árabe hay dos hombres que se odian a muerte, dos personajes absolutamente irreconciliables, estos son Anwar el Sadat, de Egipto, y Moammar el Gaddafi, de Libia. Para el Presidente de Egipto, el coronel revolucionario no es sino un elemento desestabilizador, una constante fuente de problemas que



SADAT, SU PEOR ENEMIGO

entorpece la marcha hacia la paz, emprendida por El Cairo con Israel y Estados Unidos tras los acuerdos de Camp David. Para Gaddafi, Sadat no es sino un traidor a la causa árabe y al pueblo palestino, que ha abandonado la lucha común para pactar, a espaldas de sus hermanos de raza y de religión, con los dos principales enemigos de lo árabe: Israel y Estados Unidos.

Toda la campaña diplomática de normalización de relaciones que Trípoli lleva a cabo desde hace semanas, responde a estas motivaciones. En la actualidad, uno de los objetivos fundamentales de la política exterior libia consiste en «neutralizar» los otros «frentes» para volcar los esfuerzos en el terreno más crítico: Egipto y sus aliados. Para el coronel libio «no habrá unidad árabe, no habrá Palestina árabe, no habrá posibilidad alguna de victoria árabe, mientras el Presidente Sadat siga actuando como una marioneta de Washington y Tel-Aviv». Esa es una de las razones por las que Libia se encuentra entre los países que con más firmeza sostienen el llamado «Frente de Rechazo» contra Egipto y su mediocre paz con el Estado sionista. La alianza de Trípoli con Damasco, muy sólida en la actualidad, no responde a otro objetivo que a prestar el apoyo político y económico libio al único país que mantiene una postura de guardia frente a las maniobras israelíes y norteamericanas en el Cercano Oriente. No habrá paz, sostiene Siria, sin la devolución de los territorios árabes ocupados. Y lo mismo piensa Gaddafi.

En su campaña para aislar diplomáticamente a Egipto, Gaddafi tiene otro enemigo: Sudán. El régimen del Presidente Numeiry se ha alineado con El Cairo a raíz de la intervención libia en Chad, país fronterizo con ambos, firmando un acuerdo de defensa mutua bajo el patrocinio de los Estados Unidos. Hace menos de un mes, el Gobierno de Numeiry expulsó a todos los diplomáticos libios de su territorio y suspendió los vuelos de líneas aéreas comerciales entre ambos países, siendo contestado veinticuatro horas más tarde con idéntica medida por las autoridades de Trípoli. Ahora, respal-

dados militarmente por Washington, cediendo su territorio para la instalación de la Fuerza de Intervención norteamericana en Oriente Medio y África, Egipto y Sudán constituyen con Tel-Aviv el eje con el que cuenta el Departamento de Estado USA para la aplicación de su nueva estrategia en la zona.

Ante lo que Sadat denuncia como «intentos desestabilizadores de Gaddafi», hay que hacer constar que el Presidente egipcio tampoco se muestra inactivo. En fecha reciente, los servicios de seguridad libios detectaron, gracias a una filtración, el «dossier» de un plan secreto conjunto egipcio-israelí, destinado a una intervención militar en Libia. El proyecto, que fue publicado en sus rasgos generales por PUEBLO hace unos días, había sido sometido a estudio en una reunión mantenida por el propio Sadat con altos mandos egipcios e israelíes, y consistía básicamente en un «ataque relámpago» contra las bases militares libias, ejecutado por la aviación sionista como preludio a un ataque terrestre desde Egipto y Sudán.

RECONCILIACION ARABE

De todas formas, hay algo que en los últimos tiempos preocupa más a Gaddafi que los posibles complots organizados por Egipto. El ataque de la aviación judía contra el reactor nuclear iraní de Tammuz produjo una grave inquietud en Trípoli. Nadie puede asegurar que, del mismo modo que Israel tuvo la audacia de bombardear el reactor en Iraq, no decida hacer un día lo mismo con la planta nuclear que se encuentra en proceso de construcción en Libia. Ciertamente, no tienen otra aplicación que la pacífica; pero también, según Francia—que vendió a

Iraq el reactor bombardeado—, la instalación de Tammuz se destinaba únicamente a fines pacíficos, sin aplicación militar. Todo este asunto es el que ha dado lugar a un acercamiento diplomático de Libia a Iraq, todavía con inapreciables resultados, pero que muestra por parte de Trípoli, a ojos del resto del mundo árabe, un deseo de normalizar relaciones con la totalidad de los adversarios ideológicos islámicos. Con Bagdad, estas relaciones eran pésimas desde que, a juicio de Gaddafi, Iraq atacó al «mal enemigo»—el Irán jomeinista— en lugar de concentrar sus esfuerzos junto a los países del «Frente de la Firmeza» contra Israel y Egipto.

En el tema palestino, Gaddafi sigue jugando a fondo. Aunque Libia no está situada geográficamente en la zona del conflicto directo, los revolucionarios de Trípoli siguen colocando, entre los puntos prioritarios de su programa político internacional, la recuperación por los árabes de los territorios bajo ocupa-



Para Gaddafi, la preocupación constante ha sido mantener estrechos lazos de cooperación con el resto del mundo árabe. En la imagen, junto a Arafat y Hussein de Jordania

contingente simbólico de voluntarios libios, jóvenes en su mayoría, combaten actualmente en el Líbano, junto a las fuerzas palestino-izquierdistas, habiendo sufrido ya allí sus primeras bajas a causa de las bombas israelíes. Sobre esta presencia libia en el Líbano, un alto responsable de las

«Gaddafi es el único hombre de Estado árabe para quien la cuestión palestina tiene prioridad ante cualquier otro. Otro gallo nos cantaría si en Egipto hubiese un Gaddafi en vez de un traidor Sadat».

NUEVA IMAGEN

Hemos pasado una breve revista a los rasgos más sobresalientes de la actual política exterior libia, a la que los sutiles cambios experimentados en los últimos meses hacen interesante observar con cierto interés, especialmente por las indudables repercusiones que los movimientos de Libia tiene para Occidente. En resumen, si por una parte prosigue la línea de enfrentamiento «tradicional» en el frente africano del Chad oriental—con Sudán y Egipto— y en el frente del Cercano Oriente—con Israel y Egipto— los otros escenarios de confrontación se han suavizado considerablemente tras las iniciativas de paz lanzadas hacia Marruecos, Iraq, Arabia Saudí y Jordania, así como la hábil política que ha logrado la «neutralidad» de ciertos países del África Negra. Suavizada, al menos temporalmente, la tensión en sus áreas de influencia conflictivas, la Libia de Gaddafi se presenta, a un año de la XX «cumbre» de

Para el líder libio, el Presidente egipcio traicionó a la causa árabe y al pueblo palestino cuando aceptó la paz israelo-americana de Camp David

Respecto a Occidente, Libia parece dispuesta a cambiar la «imagen terrorista» por unas buenas relaciones que intensifiquen los contactos comerciales

relaciones exteriores de Trípoli me comentaba hace unos días, en la capital libia, que «no se trata de ninguna operación especial ni maniobra internacional. Tampoco es una actuación oficial del Gobierno libio. Simplemente, se trata de jóvenes entusiastas, que creen en la causa de la unidad árabe, y han decidido empujar las armas junto a sus hermanos palestinos». A este respecto, es necesario señalar que los propios miembros de la Resistencia valoran debidamente el apoyo libio, tanto en su vertiente política como en la material. En Beirut, un portavoz del Frente Popular para la Liberación de Palestina me señalaba que

Por otra parte, la revolución libia no sólo apoya moral y económicamente a la Resistencia, sino que un

la OUA, con el suficiente barniz de moderación que se espera en el país anfitrión de las próximas sesiones de la más importante conferencia panarabica. Una conferencia que, con su «revolución verde» como telón de fondo, el «raïs» libio pretende convertir en la caja de resonancia que lleve, a través de todo el continente negro y del mundo árabe, su voz: África para los africanos, Palestina para los árabes... Gaddafi está dispuesto a que Trípoli-1982 sea su apoteosis, la de su país y la de su revolución.

En lo que respecta a Occidente, Libia parece decidida a zanjarse de una vez por todas las tensiones y discrepancias. Hace ya un año largo que el Departamento de Asuntos Extranjeros de Trípoli se esfuerza por hacer olvidar la imagen de «Estado terrorista» que—a menudo con toda la razón del mundo— se ha venido adjudicando a este país. En una reciente entrevista con este enviado especial, el propio Gaddafi aseguraba que Libia no busca otra cosa que la paz y la cooperación con todos los Gobiernos occidentales y que la época de apoyo al terrorismo contra los Estados europeos había finalizado, añadiendo, en lo que se refiere a ETA, que «nosotros jamás apoyaremos a separatistas porque somos unionistas». En realidad, Gaddafi ha cosechado ya muy amargos resultados de sus aventuras con grupos clandestinos, llegando a la conclusión de que lo que Libia necesita en estos momentos no son tensiones internacionales, sino acuerdos comerciales y económicos, que hagan posible el ambicioso proceso de desarrollo en el que se encuentra inmerso su país.

Esta es, al menos, la «nueva imagen» de Gaddafi. Si se trata de un gesto sincero o de una piel de oveja, el tiempo es el que tiene la última palabra.

FIN DE LA SERIE

Arturo PEREZ-REVERTE,
enviado especial

